

teatro

benjamín galemiri Yo adoro la rutina

alejandra costamagna

La existencia de Benjamín Galemiri ilumina la marcha del destino: sus abuelos judíos emigraron en barco hacia América Latina y su padre, abogado, militante del Partido Nacional, consiguió luego, en los años sesenta, un trabajo en Traigual. Benjamín nació entonces dos años más tarde. Entonces, la posibilidad de encontrar un sitio de amistad. Pero el Sur no logró fortalecer el sentido de pertenencia al que parecía nacido por destino. Luego vendría un nuevo destino: el de su tío, también hermano de su madre, fallecido frente a la tempestuosa agresión de su escritorio.

«Yo introduje la sexualidad en mi familia -admitió con una sonrisa indecisa-. Me referí a los temas sexuales. Mi madre una tarde me llevó al cine y cuando mi padre vio que había visto un beso en la pantalla se enojó mucho. Entonces me di cuenta de que capturaba su atención con ese tema y decidí empezar a hablar de sexo para captar todas las atenciones. Y de partida perdí el humor y analicé el país».

Años más tarde y luego del triunfo por los aires de la Escuela de Filosofía de la Universidad de Chile, de protagonizar un desenlace en teatro, de hacer cine y de agotar la media docena de fructíferas metas: Benjamín Galemiri logró captar la atención ya no del padre, sino de un público teatral que comenzó a dar señales de constante devoción. Obras como «El soldado» (1994), «Un dulce aire canalla» (1995), «El soldado» (1996), «El pie de falso» (1997) o «Jefes» o la guía de los periplos» (1998), estrenadas por la compañía Batallón Negro, a cargo de Alejandro Góic, arrojaron sobre sus espaldas parte de los rótulos que hoy cargan desdorso político, autor de textos perturbadores, filósofos y, ciertamente, sexuales.

«Tus obras han sido muy criticadas...». «Cuando empecé con el teatro, en los años sesenta, se me acordó de prepararlo bien. Parece que en este país algunos se acuerdan de que aparecen obras donde la sexualidad prima sobre la vida. Porque la sexualidad es lo prohibido. De ahí los ataques. Poco uno dará hasta que los trascieras a interesarle y, a decir que estos textos describen Chile y Latinoamérica quizás más profundamente que otras obras que iban directo al hecho».

Cuando recién comienza a transitar por el peldaño de los cuarenta años,

Benjamín Galemiri acaba de protagonizar una retrospectiva con sus principales obras en el Centro Cultural de España. La mayoría de éstas fueron publicadas hace pocos meses por el Departamento de Teatro de la Universidad de Chile en una cuidada edición de mil ejemplares. En octubre estrenará una pieza tripartita junto con Jorge Díaz y Marco Antonio de la Parra y en diciembre vendrá «El tratado de los afectos», bajo la dirección de Nieves Alcoz.

dirección de Nieves Alcoz.

¿Y la política?

«Yo tengo una visión poética de la política. Ahí está la sexualidad involucrada. Pues en una intervención militar es el signo de una tremenda impotencia sexual. Y un golpe de estado excede castañazos sexuales explícitos. Dicida de Pinochet hay una gran historia de represión sexual. Hay mucha violencia, algo no respeto socialmente. Cuando hablo de las relaciones entre hombres y mujeres, en el fondo estoy hablando de cómo es sexualmente Chile. En el fondo somos todos autores políticos. Porque si la cultura tiene una inconsciencia terrible con el mundo y tiene una frustración peor, no es solamente por cuestiones ideológicas, sino políticas. Fue profesión mía como la de los médicos: a mí me nació una especialidad y estoy encuadrado desde lo nato. Pero el paciente es el mismo, es Chile».

¿Y cuál es tu especialidad?

«Al final soy un filósofo frustrado. Me gustaría que mis obras de teatro fueran más allá de los rostros, sobre nuestro país, sobre América Latina. De alguna manera hago postulados con cada una de las obras. Y también me aprovecho de este material guardado que es mi infancia y mi biografía, y lo enciendo en la ficción. El fin de la deformación cinematográfica que uno posee frente a la cultura, definitivamente funciona. Yo busqué el libro que me convocaría más para darle realce a mi vida. Fue imagen un poco peregrina, del sistema de Traigual, me conviene mucho. Los conflictos y alteraciones indígenas de estos días y lo verás venir desde mis años de infancia. Como obsequio, a mi padre le tecí defensor a algunos los fundadores. Des-

pabí se anticipó porque descubrió el gran egoísmo que había en ellos. Desde chico yo viva por la venida a un grupo de mapuches y dos horas después a un caballero y luego un Pord del año cincuenta. Yo estaba algo. Mi vida siempre ha sido circuncional, más que política. Imaginé lo que era para mí estar en un pueblo como Traigual, ser chileno y judío, una especie de hijo de diablo de fondo, convivir con los mapuches, ir al cine y ver cómo los habían la mierda a los pobres indios en los westerns... Yo tenía una atracción un poquito épica del mundo. Siempre pensaba que esto iba a terminar en una batalla, en una película del Lejano Oeste. Las contradicciones son muy fuertes para mí. Poco trataba de compaginar todo eso. Pensé que en esa época en que se vivía viviendo a ciegas. Yo veía todo como un material atrillable, sin restricción ni condicionamientos. Para mí, todo podía ser utilizable creativamente. Era una provocación permanente».

¿De qué manera esa provocación convive hoy con tu lado más conservador?

«Es que para ser un tipo provocador tengo que ser también enciéndido, claro. Yo soy muy rutinario. Si las matan en la oficina como si fuera el negocio de mi abuelo orangután. Y abro la cortina y la cerrillo con cuidado y reviso los filos y veo las cuerdas. Es la actitud del judío conservador que, en el fondo, tiene una carga bíblica terrible. Yo soy asiduo con plena de escritor en casa la colita larga del pelo al con mucha de eso. Mi fecha no denota nada. Yo grito con los cajones automáticos, con los tacos. Me gusta mucho la retira, la adoro, y eso es mi lado más conservador».

¿Cómo se expresa ese conservadurismo en tiempos políticos?, ¿puedes te ubicar?

«Yo soy lo que llaman un... liberal... no, no soy liberal... ¿cómo poder llamarlo? Basado, en una época fui muy influido por Bakunin. Mirá, lo clavo en que tengo una visión ética muy fuerte de anticonformista y anticívico. Yo no tolero ninguna fuerza que siga igual que discriminación o persecución. Y me tiene que ver con mi condición judía, chilena y anticomandaria. Soy anti-todo. Puedo ser un tipo con contradicciones, pero para mí el proyecto ético es fundamental».

Yo adoro la rutina [artículo] Alejandra Costamagna

Libros y documentos

AUTORÍA

Galemiri, Benjamín

FECHA DE PUBLICACIÓN

1999

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Yo adoro la rutina [artículo] Alejandra Costamagna

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)